

Carta de Miguel Cané a una maestra advirtiéndole sobre la “deplorable manía” de las alumnas de maquillarse

Mayo de 1903

Miguel Cané

Fuente: Miguel Cané, Un punto escabroso. Carta a una maestra, La Reforma, año III, tomo 5, en Eduardo O. Ciafardo, Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890/1910). Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

Señorita Dña. Ernestina A. López, Directora de la Escuela Sarmiento.

Mi estimada señorita. Varias veces me he sentido tentado de dirigirme a usted sobre el escabroso tema que me preocupa, y siempre he desistido por temor a que mi pluma no tenga la suavidad necesaria para corregir acariciando y dar consejos sonriendo. Pero no solo la persistencia, casi diría la agravación de la causa que me movía a escribirle, sino el concepto que usted me merece y la confianza en la autoridad, cada día mayor, que le valdrá a usted, en el mundo del profesorado, su virtud, su talento, su preparación excepcional y su constancia, me deciden por fin e invocando la santa intención de mi propósito, entro en materia.

Tomo diariamente el tranvía que pasa frente a una de las principales escuelas de niñas de la Capital, que no es la suya. Es precisamente a la hora en que, después de almorzar, vuelven los niños al colegio. Son, pues, mis frecuentes compañeras de viaje las alumnas de esa escuela, niñas, en general, de 12 a 15 años de edad. Muchas vienen solas, rodeadas del respeto de todo el mundo y amparadas por él, pues pienso que pasaría muy mal rato el desacatado que se atreviera a dirigirles la menor palabra. En general se agrupan y charlan entre ellas y atestiguo, bajo mi fe, que su actitud no puede ser más reservada y correcta en su decoro. ¿De dónde viene, pues, que ese, mi viaje diario, en vez de ser una alegría para mis ojos de viejo, me produce siempre una impresión penosa? Es que no pocas de esas criaturas llaman la atención de todos los viajeros, como al descender llaman la de los transeúntes, por la deplorable manía de cubrir sus caras virginales con una espesa capa de polvos que las desfigura y apenas al que las mira.

Algunas van más allá; he visto descender del tranvía, no ha muchos días, a la puerta de esa escuela, una niña de 14 años, fina, de rasgos regulares y delicados. Ya no eran los polvos los encargados de blanquear sus mejillas; el albayalde, rudo y tirante, parecía hacer crujir el cutis y empezaba ya a comunicar a los dientes ese tinte amarillento tan común en los de las viejas actrices, y tan repulsivo. Los labios y las encías enrojecidos con furor, completaban aquella mala obra de arte, que las cejas rígidamente trazadas con tinta china, acentuaban irónicamente.

No es sólo esa escuela señorita; no son sólo las escuelas públicas y privadas de la Capital, del país entero, las que reciben en su seno niñas desgraciadas, a las que les falta un consejo sano y eficaz. Es en los hogares mismos, es en las calles, en los salones y en los teatros. Es en todos los puntos en que se congregan señoras y niñas, donde se exhibe esa deplorable plaga nacional [...]

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Y ahora diré a usted, señorita, por qué le dirijo esta carta. Es porque toda mi esperanza de reforma social en ese sentido, está en ustedes, señoras religiosas o laicas, las que dirigen las escuelas y colegios en que se educan nuestras niñas. [...] Díganles a toda hora (a las alumnas) que pintarse el rostro, no es solo sucio, malsano e inmoral, porque envuelve un propósito de engaño, sino que es también inhábil, porque su experiencia de la vida les permite afirmarles que nada hay que repugne más a un hombre cuyo sufragio es digno de tenerse en cuenta, que esa destrucción premeditada del mayor tesoro que pueda ostentar una criatura, la frescura de su cara [...] Y su prédica no basta, venerables hermanas, dignísimas maestras que educan niñas, formen una coalición, ármense de energía y declaren la guerra a muerte a los polvos de arroz, pinturas y colorinches. No admitan en sus clases un solo rostro maculado por esos artificios, y en cuanto a los trapos, impongan la sencillez, a más de escuela de honestidad, medio de economía. Y así, cuando una o dos generaciones de niñas argentinas hayan recibido esa educación digna y decorosa, habrá desaparecido para siempre ese feo borrón de nuestra cultura social.